



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo II

## ESPAÑOLIDAD Y ESPAÑOLISMO

**N**O hay España; sólo hay españoles—le oí decir a uno de éstos y lo dejé pasar como una de tantas frases sintéticas a la par que antitéticas que todos caemos en la tentación de usar, y con las que pretendiendo decir mucho en las menos palabras posibles apenas en realidad se dice cosa alguna. Y algún tiempo después le oí a otro español que decía: "No hay españoles; sólo hay España." Y me acordé de la otra frase y pensé si habría entre ellas diferencia. Y me pregunté: "¿Qué es España? ¿qué es ser español?"

André Suarés, el conocido escritor francés de origen judeo-español, acaba de publicar una obra que se titula *La Nation contre la Race* y en que sostiene que Francia es una nación y Alemania una raza. "Alemania es una raza" dice, y otra vez: "Hay alemanes, no hay Alemania." "Alemania es el mundo de la raza. Y es el destino, como el privilegio de Francia, ser por excelencia la nación." Otras veces le llama a Francia *una persona*. Y en esta su obra cuando habla André Suarés de España habla de ella como de una nación y no como de una raza.

Veamos si en algo nos ayuda la lengua. *Nación* es de *na-cer*. Todavía en esta tierra de Salamanca en que vivo y escribo se le llama ciego o sordo de nación al que lo es de nacimiento. Y *raza*, palabra hermana de *raya*, deriva de *radia*, y es lo mismo que *linaje*, derivado de *línea*. La *raza* o *linaje* es la *raya* o *línea* que va de padres a hijos, y es un concepto fisiológico. Aunque también lo es el de nacer. Por aquí, pues, no sacamos nada en limpio.

Pero parece que se toma lo de nación en un sentido más espiritual, es decir histórico, y lo de raza en un sentido más corporal, anatómico y fisiológico. Hay razas de caballos y de toros, pero no hay naciones de ellos. Ni siquiera los castores, las hormigas y las abejas forman naciones. La raza es, pues, un producto natural—tomando la naturaleza en oposi-

ción al espíritu—mientras que la nación es un producto histórico.

Lo que es un callejón sin salida es aquello de si la colectividad es para los individuos que la componen o éstos son para aquélla, si España es para los españoles o los españoles para España. Rompecabezas tan absurdo como aquel de qué fué antes si el huevo o la gallina, siendo lo verdadero que ni uno ni otra sino ambos se diferenciaron de algo que les es común. Y es que ni cabe concebir a España sin los españoles ni a éstos sin aquélla.

Mas los que sentimos fuertemente la personalidad individual y concreta, la limitada por un cuerpo animado y consciente, creemos que el fin moral supremo de una nación, de España en nuestro caso, es hacer hombres históricos, aquí españoles. El valor de España es hacer españoles, es decir hombres que tengan un especial concepto del mundo y de la vida dentro del concepto y el sentimiento que de ellos tiene todo hombre culto, es decir histórico. Y a esa cualidad, a ese tenor, a ese aire espiritual que especifica el alma de un español, haciendo que podamos distinguirla de otra alma no española, le llamaremos *españolidad*. Que no es lo mismo que *españolismo* y a las veces puede serle adversa. Por *españolidad* puede un español hacerse anti-españolista. Que no es tam-

poco lo mismo *humanidad* que *humanismo*.

Y ahora bien, ¿qué puede querer decir que hay España y no españoles o que hay españoles y no España? Nada claro, pues ni cabe que haya españoles sin España ni que haya España sin españoles. Es decir, sí, puede haber españoles sin España como hay judíos sin que haya Judea, mas es considerando a España como una categoría geográfica o territorial. Y podría decirse que quedaba España sin españoles cuando desapareciendo éstos persistiese aquélla como un valor histórico, como una categoría espiritual, al modo del antiguo Egipto o de Babilonia. Y es





que hay dos Españas, la geográfica, territorial o corporal, con todo lo que le atañe y ciñe, como es lo económico, y la España histórica—no quiero decir la del pasado, pues historia es el porvenir y lo es el presente históricos—o espiritual, sostén de una cultura.

Y sucede que por españolidad histórica o espiritual puede y a las veces debe uno combatir el españolismo terrenal o económico. ¿No está claro?

No cabe tampoco negar que comen, beben, respiran, se ganan la vida y la gastan en la España geográfica, territorial o económica españoles desterrados de la España histórica o espiritual, y no voluntariamente; no emigrados, sino desterrados. Desterrados de una tierra espiritual.

Porque hay que estar bregando a diario para que la España geográfica, terrenal, económica, no sea sino el cuerpo de la otra, de la España histórica, o celestial. Celestial he dicho y no me desdigo. Tenemos que rezar a diario desde esta tierra española a Nuestra Madre España que está en los ciclos, a la de la historia.

Y la historia, ya os lo dije, no es el pasado, no es la tradición. No es tampoco el progreso. Porque progreso—de *progrēdi*, adelantarse, marchar hacia adelante es el avance. Y puede uno avanzar sin cambiar. Cuando uno ha llegado a la cumbre de un monte, aunque esté más alto, no es más alto que cuando estaba en el llano, al pie del monte. Cabe progresar sin mejorar íntimamente.

La historia no es el pasado sólo, no es la tradición; no es tampoco el porvenir, el progreso. La historia es el presente eterno. Y es el crecimiento íntimo, de dentro a fuera, el enriquecimiento del contenido espiritual. En la historia vive el pasado con el porvenir y engendrándolo en un presente eterno. Porque la historia es el espíritu y el espíritu es la creación.

¿Qué mucho, pues, que a puro españolidad haya españoles dotados de conciencia histórica española que se revuelvan contra el españolismo terrenal, geográfico—y casi geológico—y económico?

—¡Yo soy un español españolista!—me dijo un pobre hombre livido.

—Pues yo—le contesté—soy un español a secas; un español español...

—Vamos, sí, elevado al cubo... —agregó con sorna.

—¡Exacto!—le repliqué. Y nunca soy más ni mejor español que cuando me revuelvo contra ese españolismo de comodín.

Y es que es más fácil, mucho más fácil declararse españolista un español que trabajar dentro de sí su propia españolidad, que hacerse su historia contribuyendo así a hacer la historia patria.

De un hombre de origen y procedencia española, del que tengo por el ingenio más genial de la América española, de Domingo Faustino Sarmiento, el argentino, he dicho que nunca era dentro de su argentinidad más español que cuando hablaba o escribía mal de España. Mal... es decir, ¡mal, no! sino lo que entienden por hablar o escribir mal de España los españolistas.

Eso de que seamos los españoles los que más nos complacemos en hablar y escribir mal de nuestra propia patria y en rebajarla realzando a las de los demás es una de tantas solemnes tonterías como por ahí corren. Las cosas más ficras y crudas que se

hayan dicho y escrito de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Alemania, de Rusia, de cualquiera otra nación de hombres, las han dicho y escrito sus propios hijos, franceses, ingleses, italianos, alemanes, rusos, respectivamente. Y así tiene que ser. Nadie piensa de mí más fieramente que yo mismo. Y lo que no hacemos en confesión individual lo hacemos en la colectiva.

¿Quién sabe...? Quizás un cierto pingüe y pingoso grosor de la patria terrena y económica ahogue el ahinco espiritual de la otra, que si un cuerpo flaco no da sostén al espíritu uno lardoso lo ahoga. Y hay un cierto patriotismo entre trágico y heroico en los pueblos pequeños y en los flacos y desmedrados y menospreciados.

Buen ejemplo tenemos aquí, a las puertas de casa, en Portugal. No sé si hay portuguesismo o lusitanismo; pero sé que en literatura al menos, la portuguesidad o lusitanidad es hoy más definida, más destacada, más distinguida que la españolidad. Hay un número de portugueses dotados de conciencia histórica de su nación, de conciencia del tenor y aire espiritual del concepto y el sentimiento portugueses del mundo, y de la vida, superior al de españoles en análogo estado de espíritu. Podrán ser un concepto y un sentimiento trágicos, acaso pesimistas, pero son algo que crea un espíritu colectivo y que hace historia.

Desde aquel noble Luís de Camoens, henchido de trágica *saudade*, el que cantó que su patria estaba metida

*n'o gosto da cobiça e n'a rudeza  
d'uma austeridade, apagada e vil tristeza*

(*Lusíadas*, canto X, estrofa 145)

hasta Antonio Nobre el que terminó el soneto que empieza

*Em certo Reino, a esquina do Planeta*

con aquel verso que dice:

*Amigos!,*

*qué desgraça nascer em Portugal!*

¡qué linaje espiritual de almas genuinamente portuguesas ha producido el Portugal histórico! ¿Hay acaso muchos pueblos que puedan presentar una confesión colectiva como aquella con que termina el poema *Patria* de Guerra Junqueiro? ¿y habrá mentecato que llame a Guerra Junqueiro anti-patriota? En Portugal no, porque no creo que se ha producido aun el tipo del portuguesista. Y si un día el Portugal terrenal geográfico, económico, desapareciese como nación independiente ¡lo que Dios no quiera!—sobreviviría el Portugal histórico, el eterno, gracias a los Camoens, a los Nobres, a los Guerra Junqueiros.

¡Hagamos, pues, los españoles, haciéndonos, la España inmortal y que nos llamen como quieran los españolistas. Ahonde yo, ahondándome, en mi españolidad y que me ladren los españolistas que por haragancia espiritual que puede muy bien conciliarse con cierta laboriosidad económica, a las veces disfrazada de literaria—hallan más cómodo cultivar el españolismo. Hay quien no tiene ganas de trabajar de veras, sacándose sangre, y hay quien tiene ganas de no trabajar. Que aunque parecen ser una sola cosa son dos.

*J. J. Rodríguez*

Salamanca, Diciembre, 1916.

